

la saña de Frumario, rey de los suevos, estallaba contra Idacio [462], arrancándole de su iglesia por sugerencias de los priscilianistas ó arrianos, para cargarle de cadenas; pero triunfante al poco tiempo de las acusaciones que se le dirigian, restituyóse de nuevo á su silla, en donde terminó sus dias por los años de 475, admirado y sentido de sus compatriotas.

En medio pues de aquellas sangrientas guerras, de aquellos incendios, robos, cautiverios y mortandades, que yermaban las Españas; en medio de las persecuciones ejecutadas en los católicos por la extraviada credulidad de los bárbaros, se alza la venerable figura de Idacio para consolar á los unos, fortalecer á los otros y consignar en dolorosas páginas las trágicas escenas que presenciaba el mundo. Apreciador de los trabajos de Eusebio, trasladados á la lengua de Ciceron por San Gerónimo, y deseoso de enlazar con ellos en alguna manera la relacion de aquellos sucesos, interrumpida por el eremita de Betlen, á quien llenan de asombro las invasiones de los bárbaros ¹, acomete pues semejante empresa; y para darle cumplida cima, ya pone en contribucion los libros divulgados hasta su tiempo, entre los cuales prefiere singularmente las *Historias* de Orosio, ya se vale de relaciones fidedignas transmitidas por los que habian presenciado los acontecimientos, ya ordena finalmente todos los recuerdos de su larga vida, sin olvidar las memorias de su juventud, ni las tradiciones recogidas en sus viajes. El *Cronicon* de Idacio, que con este nombre ha llegado á nuestros dias, comienza en el primer año del Im-

una manera digna á favor de este, así por los términos en que se le menciona, como por el personaje que habla.

¹ San Gerónimo habia escrito en su *Epist. ad Vicentium et Calienum*, que sirve de proemio al *Cronicon* de Eusebio, que suspendia aquellos trabajos, no por el temor de los príncipes de la tierra, sino porque con las invasiones de los bárbaros todo andaba revuelto y confuso: *quoniam debachantibus adhuc in terra nostra barbaris, incerta sunt omnia*. Idacio recuerda este hecho, repitiendo casi al pié de la letra las mismas palabras en que funda la necesidad de escribir su obra, diciendo: «Sed quoniam in cuiusdam studii sui scriptura dixisse eum constat: *debachantibus soto barbaris omnia haberi permixta atque confusa*, opinamur ex huius iudicio sermonis in hoc per annorum volumine subdito de sucesione temporum ab ipso nihil adiectum» (In praefatione).

perio del gran Teodosio [579] y termina en el tercero de Valentiniano, hijo de Placidia [469]: fruto al par del sentimiento patriótico y religioso, abraza la historia desconsoladora de las depredaciones hechas por los bárbaros en el suelo de la Península, apuntando de paso las calamidades que afligen y conturban á la Iglesia ¹. Era el período elegido por Idacio uno de los más difíciles y desastrosos que ha conocido el mundo: Orosio habia suspendido su docta pluma en medio de aquellos terribles sacudimientos que amenazaban derrocar el coloso de Roma ²: Idacio pone término á su tarea siete años antes que despedace Odoacro el deslustrado manto de los Césares.

Mas si al tender la vista sobre las distantes regiones del Imperio descubre en todas partes desolacion y luto, sube de punto la angustia de su espíritu al fijarla en el suelo de Iberia. Ninguna suerte de calamidades y desastres faltaba al pueblo heróico, que habia rechazado por el espacio de doscientos años el yugo romano: agitados los bárbaros por aquella manera de frenesí que los arranca de sus primitivas guaridas, atraviesan sin cesar de una á otra parte de la Península, dejando en todo lugar estampadas sus sangrientas huellas. Lo que el hierro olvida ó perdona, presa es de las voraces teas que agitan enfurecidos; y reducidas á escombros las ciudades, profanados los templos, violadas las vírgenes, humillados y esclavos los sacerdotes de Cristo, parecia llegada la hora del exterminio de España. Abandonado el cultivo de los campos, cundia á todas las provincias rabiosa hambre, na-

¹ Sin duda esta circunstancia ha dado margen á que un escritor de nuestros dias diga, hablando de Orosio y de Idacio, las siguientes palabras: «Paul Orose et Idatius, tous deux nés en Espagne, ont laissé des chroniques sur l'histoire ecclésiastique» (Duquesnel, *Histoire des lettres*, tomo III, cap. XXXI). Los que hayan leído hasta estas líneas comprenderán con cuánta inexactitud procede este historiador respecto de Orosio: sobre el *Chronicon* de Idacio debemos declarar que no se muestra más circunspecto, pues que los hechos relativos á la historia eclesiástica comprendidos en dicha obra, forman una parte harto exígua de la misma. Esto prueba que Mr. Duquesnel, ó no examinó estos trabajos, ó los vió con sobrada ligereza si llegó á examinarlos.

² Orosio puso fin á sus *Historias* en 417: *per annos quinque mille sexcentos decem et octo, ab initio mundi*, segun expresa en el último capítulo del libro VII.

ciendo de tan duro conflicto asoladora peste, que despoblando aldeas y ciudades, saca á las fieras de las selvas y montañas para que pongan sus guaridas en los desmoronados templos y palacios. Pavorosos cometas, aterradores eclipses y horribles terremotos completan el cuadro trazado por la vacilante, dolorida y fiel pluma de Idacio, quien logra bajo este punto de vista lugar señalado entre los historiadores de aquel tiempo y grande autoridad entre los nacionales ¹.

No es, sin embargo, el obispo de Aquas Flavias uno de aquellos escritores que á la manera de los Livios, Salustios y Tácitos, cultivan la historia: actor y testigo, abriga en su pecho el mismo dolor que conmueve á San Gerónimo y enciende el entusiasmo de Draconcio; y temeroso sin duda de que le faltara el tiempo para realizar su obra, procura exponer los acontecimientos en brevísimo espacio y atento sólo á la magnitud de ellos, se cura poco de las formas históricas, empleadas y respetadas por los antiguos.—Despojada su narracion del natural enlace de los hechos, aparecen estos como desgajados de la historia, constituyendo tantos cuadros cuantos son los sucesos incluidos en el *Chronicon*, y resultando, como consecuencia precisa de este imperfecto sistema, no escasa confusion, en medio de la rapidez y abundancia de los acontecimientos.

Pero ni aspira Idacio al lauro de la elocuencia histórica, ni á fines del siglo V le hubiera sido posible seguir las huellas de los grandes modelos. Agonizaba el Imperio romano; y mientras en sus últimas convulsiones veía caer piedra á piedra el edificio de su grandeza, vana empresa hubiera sido la de intentar sostener la gloria del arte creado por una civilizacion ya extinguida. Aquellas formas, más propias de los primitivos fastos que adecuadas á la historia, venian á representar en la esfera de la in-

¹ El maestro Enrique Florez observa que «es fuente original para los sucesos de la entrada de los vándalos, alanos y suevos en España, con todos los pasos de los godos: de modo que ignoraríamos lo más principal del siglo V, si no fuera por la luz de este documento» (Idacio ilustrado, *España Sagrada*, tomo IV, pág. 289). Igual estimacion tiene Idacio en el juicio de los demás críticos é historiadores.

teligencia el desmembramiento y muerte del coloso, que habia sujetado al carro de sus triunfos todos los pueblos, y daban inequívoco testimonio de que derramadas sobre el mundo las nieblas del Septentrion, comenzaba para la humanidad una era difícil, en que sólo á costa de inmensos sacrificios podria reponer alguna parte de sus pérdidas. Triste era por cierto el privilegio reservado á Idacio; pero no menos estimable, cuando se advierte que al revelar las amarguras y tormentos de la edad en que vivía, pagaba el más noble tributo que puede rendir la virtud en aras del patriotismo ¹.

¹ Demás del *Chronicon* mencionado, se atribuyen á Idacio los *Fastos*, que llevan su nombre. Fué el primero que publicó esta obra, como propia del Obispo de Aquas Flavias, el docto jesuita Sirmondo, quien se inclinó á dicha opinion, por convenir los expresados fastos á los años del *Chronicon* y hallarse uno y otros en el mismo códice, notándose tambien alguna semejanza en el estilo. Esta opinion prevaleció hasta que el diligente agustiniano, fray Enrique Florez, mostró en una breve é ilustrada disertacion, incluida en el tomo IV de la *España Sagrada* (pág. 436 y siguientes), que eran dichos fastos obra de algun escritor del siglo VI. En el tomo X de las actas de la *Comision Real de Historia* de Bruselas se ha publicado no obstante en 1845 otra erudita disertacion latina sobre Idacio, debida al jesuita español don Juan Mateo Garzon, en la cual se pretende probar que los referidos fastos fueron obra del obispo de Aquas Flavias (§ X, pág. 446). Mas como quiera que no se presenta ninguna prueba concluyente, fuera de las razones alegadas por Sirmondo y los que le siguieron, nos será lícito atenernos á la respetable opinion de Florez, porque nos parece mejor fundada. Este erudito investigador publicó en el tomo indicado de la *España Sagrada* (pág. 420 y siguientes) un *Chronicon* abreviado del de Idacio, teniéndolo por obra del mismo obispo. Así parecen persuadirlo las razones que alega, si bien debe observarse que dicho *chronicon* no comienza, como el genuino, en el imperio de Teodosio, ni acaba en el de Leon, abarcando más reducido espacio. Tambien dió á luz Florez por vez primera en dicho tomo (pág. 431, etc.) otro breve *Chronicon*, con nombre de Severo Sulpicio, que se enlaza en alguna manera con los trabajos históricos de Idacio. Al poner término á estas líneas, creemos oportuno advertir que al paso que hemos consultado el primer *Chronicon*, para las noticias biográficas de Idacio, nos hemos atendido respecto de su persona, patria y silla episcopal á las doctas ilustraciones del citado maestro Florez, apartándonos por tanto de los que señalan á Monforte de Lémus como ciudad, donde concurren las circunstancias expresadas. Esta opinion siguió Rodriguez de Castro en su *Biblioteca Española* (pág. 253, etc. del tomo II).

Todo anunciaba en sus dolorosas cláusulas que había cambiado ya no solamente el aspecto moral y religioso del antiguo mundo, sino que se había transformado su constitución política, dando origen á nuevos y muy desemejantes imperios, que se alzaban sobre la gran ruina de Roma. Transformación era esta que debía reflejarse irremisiblemente en la esfera de las letras, y que bajo uno y otro aspecto nos cumple estudiar en los siguientes capítulos, fijando ya nuestras miradas dentro de la Península Ibérica.

CAPITULO VII.

ESCRITORES DE LA MONARQUÍA VISIGODA.

LEANDRO DE SEVILLA.—JUAN DE BICLARA.

Caida del Imperio de Occidente.—Unidad del cristianismo.—Desmembración del Imperio.—España.—Primeras invasiones de los bárbaros.—Los visigodos: sus conquistas y triunfos en España.—Su estado al apoderarse de ella.—División del territorio: la ley de raza.—El arrianismo.—Lucha entre el arrianismo y el principio católico.—El monacato de Occidente.—Su influencia en las costumbres: su representación en la Iglesia.—Rehabilitación moral de la raza hispano-romana.—Varones ilustres de esta edad.—Efectos de la elocuencia sagrada.—Leovigildo y el conciliábulo de Toledo.—Persecución del catolicismo.—Leandro de Sevilla.—Eutropio y Juan de Biclara.—Recaredo.—Reparación del episcopado católico.—Abjuración del arrianismo.—El tercer Concilio de Toledo.—Su efecto en la civilización española.

El siglo V de la Iglesia presenció la más dolorosa catástrofe que jamás había llorado el mundo: Roma, aquella varonil matrona, que ostentando en su diestra las águilas de la República, logró echar su coyunda de hierro sobre la cerviz de todas las naciones, y que al ceñir á sus sienes la diadema imperial, juzgó eterno su poderio, yacía ahora postrada y envilecida ante el sangriento car-